



# LA FORMACION DEL FEMINISMO LESBICO

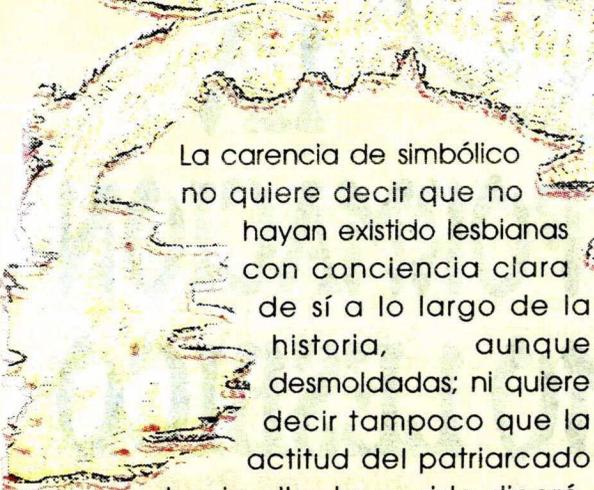
Milagros Rivera

Situaré primero el modelo en el tiempo. El pensamiento feminista lesbiano tomó forma clara a partir de lo que se suele llamar la segunda oleada (pues hay otras sin numerar) del movimiento de mujeres; es decir, a partir de finales de los años sesenta del siglo XX. El primer proceso que tuvo que recorrer trabajosamente, paso a paso, fue el de dar sentido a una estructura de identidad colectiva en la cual las feministas lesbianas del mundo pudieran reconocerse; un proceso que requirió, a su vez, el de apoyar esta identidad colectiva en una historia, una historia que las especialistas han ido recuperando y reconstruyendo, también paso a paso, entre dificultades enormes.

De la gran importancia que este primer proceso -el de construcción de una estructura de identidad colectiva en la cual las lesbianas pudieran reconocerse o, dicho de otra manera, el de nombrar el amor entre mujeres como relación social y política- es prueba la gran cantidad de literatura testimonial que este pensamiento ha producido y produce, así como la gran cantidad de teoría y de propuestas de acción política elaboradas desde la vivencia individual y desde la experiencia personal de la represión, de la lucha y de la inexistencia simbólica. El paso del "yo" al "nosotras", muy importante para todas las mujeres feministas en

la etapa de autoconciencia, ha sido especialmente significativo para las lesbianas, que han acuñado incluso un rito de paso propio, el *coming out* (el "salir fuera", que expresa la decisión de "hacerse pública"), un rito que marca el ingreso personal en ese específico colectivo "nosotras".

Porque es la cancelación de existencia, la estrategia que durante siglos ha seguido consistentemente el orden patriarcal para controlar esta forma de deseo femenino; ya que, al parecer, se trata de una forma de deseo femenino que amenaza seriamente la estabilidad del modelo de sexualidad reproductiva que ordena los sistemas de parentesco, -y, con ellos, las relaciones sociales primarias- en las formaciones patriarcales. En este sentido, la posición de las mujeres lesbianas es distinta de la de las heterosexuales, ya que las primeras carecen de modelo simbólico en el sistema de géneros, mientras las segundas reciben para que lo hagan propio, durante la socialización, un modelo femenino pensado por hombres y puesto al servicio del orden dominante. En otro sentido, sin embargo, las mujeres de uno y otro grupo comparten la carencia de modelos en los cuales ellas puedan reconocerse en libertad, comparten todas ellas la dureza de la miseria simbólica; porque los modelos femeninos vigentes no han sido pensados por ellas libremente.

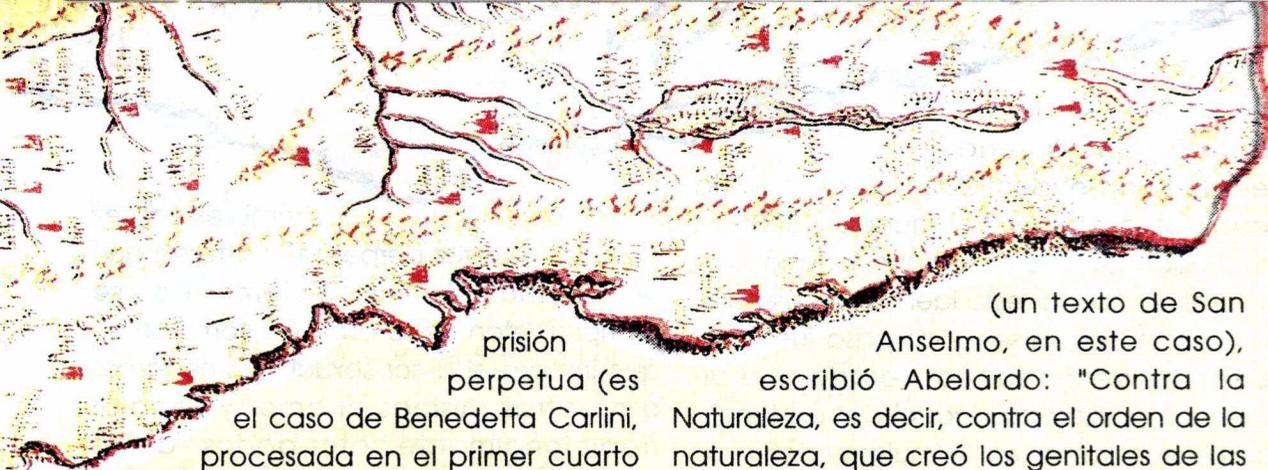


La carencia de simbólico no quiere decir que no hayan existido lesbianas con conciencia clara de sí a lo largo de la historia, aunque desmoldadas; ni quiere decir tampoco que la actitud del patriarcado hacia ellas haya sido diacrónica o sincrónicamente siempre la misma. Puesto que he dicho antes que la recuperación de esta genealogía ha sido y es una parte importante del proceso de constitución de una estructura de identidad colectiva en que las lesbianas de la vida real pudieran reconocerse, resumiré ahora algunos de los trazos generales de esa historia.

Se trata de una historia que conocemos todavía sólo a retazos. Y que la conocemos más que nada por las normas promulgadas y por las acciones tomadas desde los poderes públicos y privados para reprimirla. Es una historia, además, que en bastantes casos ha sido recogida como un apéndice indiferenciado de la homosexualidad masculina. No explicaré estos datos con detalle, porque -por lo que se refiere principalmente a Europa- han sido recogidos (entre otras) por Rosanna Fiocchetto, Judith Brown y Lillian Faderman. Me limitaré, pues, a esbozar la evolución general relacionando sus grandes etapas con las líneas básicas de la historia de las mujeres, tal como hoy por hoy conocemos esta historia.

En Grecia, su época clásica marcó la introducción de dificultades mayores para la vida de las mujeres que amaban a mujeres; dificultades que, en la memoria colectiva, simbolizan la huída de Safo a Sicilia a principios del siglo VI antes de la era cristiana. Este exilio material y

simbólico de las lesbianas de la historia de Occidente ha persistido con tal fuerza a lo largo de los siglos, amputando un área importante del imaginario femenino que, en nuestra época, una escritora tan fantástica como Christa Wolf apenas sabe qué decir cuando imagina, en la Troya de la guerra, a las mujeres que viven entre mujeres en la semioscuridad de unas cavernas; páginas que, en el texto de Casandra, han sido consideradas borrosas e indefinidas, como si no lograran expresar lo que la autora quiere. Vida en las cavernas que, no obstante, indica bien el paso a la clandestinidad que será en el futuro la característica existencial más clara y común de estas mujeres o de estos grupos de mujeres. Clandestinidad que el discurso viril (un discurso que desde el siglo III fue en Europa predominantemente religioso) justificó recurriendo al constructo general llamado diabolización del cuerpo femenino. Un discurso que no parece haber producido explicaciones más específicas, una carencia que es coherente con su proyecto de simple cancelación del tema. Se trata de un discurso -de retórica cristiana eclesiástica- en el que no podían intervenir directamente las mujeres, que tenían prohibido, como es sabido, el acceso no mediado por hombres a la palabra sacra y profética. La clandestinidad, si era quebrantada, podía llevar consigo la condena de muerte por fuego o de



prisión  
perpetua (es  
el caso de Benedetta Carlini,  
procesada en el primer cuarto  
del siglo XVII); aparte de la inevitable  
condena eterna, que su peso inquietante  
y estig-matizador debió de tener también.

Cuando el discurso religioso sobre el  
cuerpo fue sustituido por el científico en la  
condición de discurso cultural y polí-  
ticamente dominante, y cuando había  
concluido el proceso renacentista de  
exclusión de las mujeres de la producción  
de ciencia llamada moderna, a la diabol-  
ización del cuerpo femenino le reemplazó  
en lo que al lesbianismo se refiere, la  
medicalización. Esta etapa se extiende  
entre el siglo XVIII y el siglo XX bien entrado.  
Las lesbianas son convertidas entonces en  
enfermas físicas o psíquicas, en mujeres a  
las que se somete a torturas y a muti-  
laciones quirúrgicas, en mujeres a las que se  
aparta de la sociedad internándolas en  
manicomios. La identidad lesbiana se  
construye, entonces como patología. De  
esta tortuosa historia, de esta *storia crudele*,  
como la define Rosanna Fiocchetto, se  
empieza a salir en los años ochenta de  
nuestro siglo: sólo en 1983 se incluye una  
visión positiva del lesbianismo en un manual  
general de sexualidad.

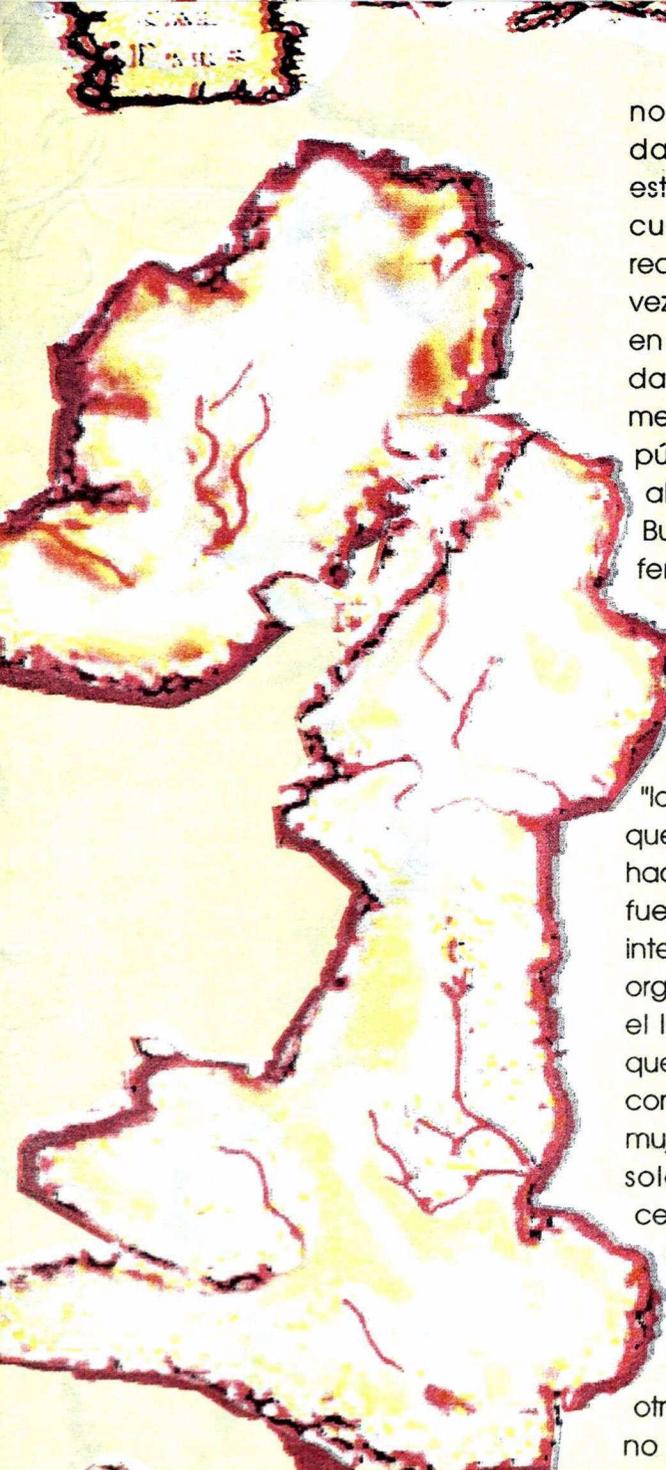
Una explicación, calificable de  
tranhistórica y de inherente al patriar-  
cado, para estas formas extremas de  
política sexual opresiva, la aporta Pedro  
Abelardo, el famoso filósofo del siglo XII  
que suele resultar simpático a mucha  
gente experta. Glosando el texto de la  
enésima condena del amor entre mujeres

(un texto de San  
Anselmo, en este caso),  
escribió Abelardo: "Contra la  
Naturaleza, es decir, contra el orden de la  
naturaleza, que creó los genitales de las  
mujeres para uso de los hombres, y  
viceversa, y no de manera que las mujeres  
pudieran cohabitar con mujeres". Es  
pertinente recordar aquí que la institución  
de la heterosexualidad obligatoria com-  
porta la convivencia intersexual en tasas de  
masculinidad/feminidad equilibradas;  
identificando excepcionalmente en este  
caso naturaleza y cultura.

Esta historia de opresión impla-  
cable no es una historia sin espacios de  
construcción de sí y de búsqueda y, a ve-  
ces, logro de experiencias de libertad. (Es  
importante esta observación aquí porque  
un argumento corriente entre algunos  
representantes suaves de la ciencia  
patriarcal es que, dada la intensidad  
tremenda de la explotación femenina, es  
inútil que las feministas busquemos  
genealogía. Y es importante para mí ha-  
cer esta observación porque cada vez  
me queda menos paciencia y menos  
tiempo para la ciencia debilitante). Es-  
pacios individuales de plena libertad- aun-  
que siempre amenazados-, unas veces.  
Espacios colectivos de relativa libertad,  
otras veces, cuando se trata de espacios  
limitados por el propio discurso de género  
patriarcal, porque han sido previamente  
definidos por éste; me refiero a espacios  
como el eremitismo, los monasterios y con-  
ventos femeninos o el travestismo.

He dicho antes que el primer pro-  
ceso que han tenido que recorrer la  
política y el pensamiento feminista lesbia-





no ha sido el de dar forma a una estructura de identidad colectiva en la cual las lesbianas del mundo pudieran reconocerse; un proceso que requirió, a su vez, el de apoyar esta identidad colectiva en una historia. El segundo paso fue el de dar a la identidad recuperada una dimensión política pública, el dar existencia pública al amor entre mujeres definido ahora como relación social. Charlotte Bunch, una de las pioneras de la política feminista y del pensamiento lesbiano en la etapa del 68, sostuvo a principios de los setenta que el lesbianismo no es una postura sexual sino una postura política. Es entonces cuando se acuñó el famoso lema que dice que "lo personal es político", lema con el que quedó definitivamente claro que lo que se hace en la intimidad de la casa no queda fuera de lo social, sino que es una parte integrante fundamental de lo social y de la organización del poder. Se define entonces el lesbianismo como una opción política que se articula en términos de identificación con otras mujeres. Identificación con otras mujeres en todos los aspectos de la vida, no solamente en el deseo o en el placer/displacer eróticos; porque sólo con la sexualidad -se dice entonces- no se derribaría al patriarcado. Escribió Charlotte Bunch:

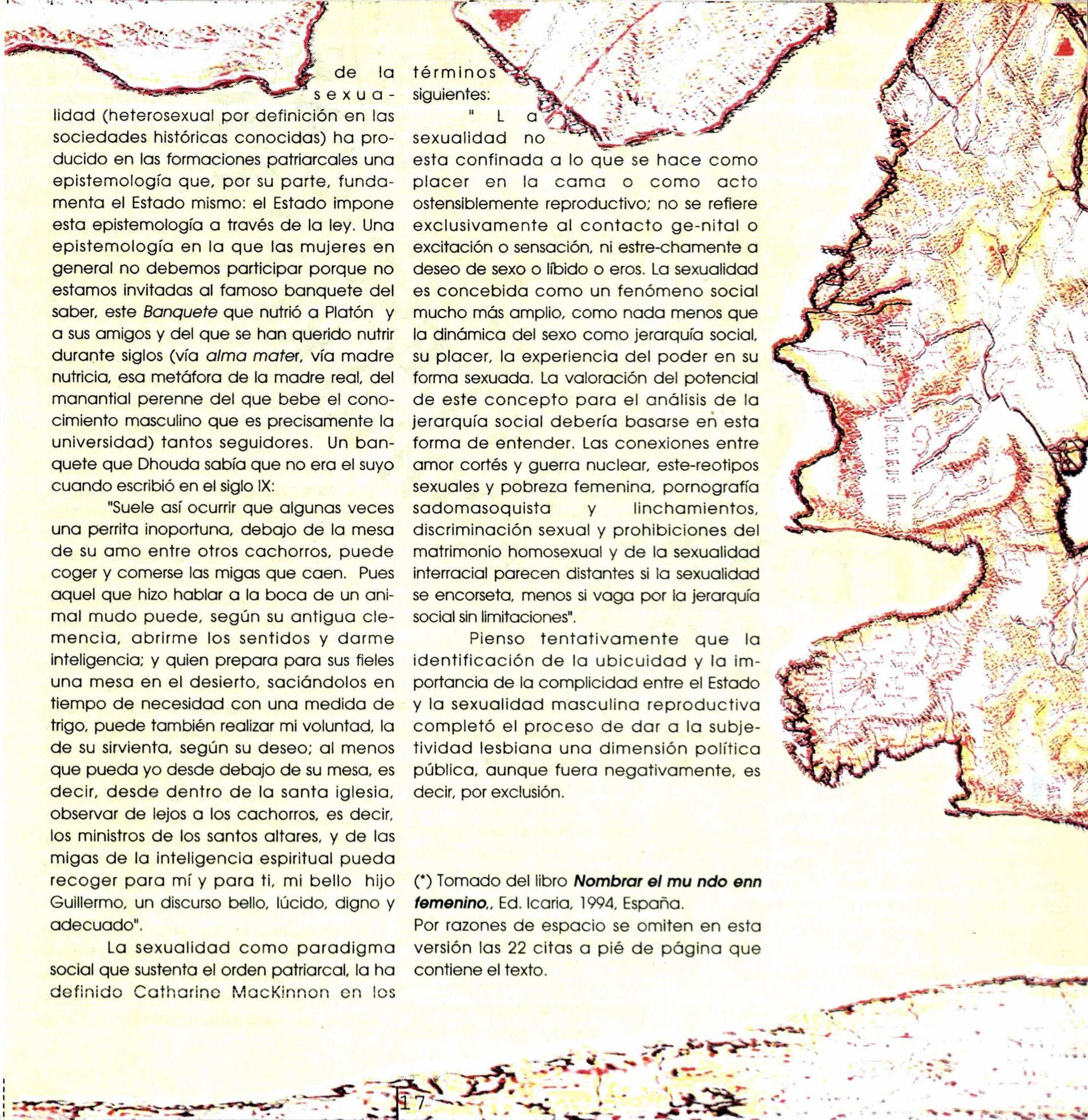
"La lesbiana, la mujer identificada con otra mujer, se compromete con las mujeres no sólo como alternativa a las opresivas relaciones masculino/femenino sino principalmente porque ama a las mujeres.

Consciente o inconscientemente, con sus actos, la lesbiana se ha dado cuenta de que dando apoyo y amor a

hombres en vez de a las mujeres perpetúa el sistema que le oprime. Si las mujeres no se comprometen entre ellas, en compromiso que incluye el amor sexual, nos negamos a nosotras mismas el amor y el valor tradicionalmente otorgados a los hombres. Aceptamos nuestro estatuto de segunda clase. Cuando las mujeres dan sus energías primarias a otras mujeres, entonces es posible concentrarse plenamente en la construcción de un movimiento para nuestra liberación. El lesbianismo identificado con mujeres es, pues, mas que una preferencia sexual; es una opción política. Es política porque las relaciones entre hombres y mujeres son relaciones políticas; implican poder y dominio. Puesto que la lesbiana rechaza activamente esa relación y escoge a las mujeres, desafía el sistema político establecido".

El sistema político establecido que obliga a que las relaciones entre hombres y mujeres sean relaciones de dominio, sigue diciendo Charlotte Bunch, se basa en esa primera forma de división del trabajo que sería la división en razón de sexo, división que es inherente al patriarcado, ya que impone la sexualidad reproductiva y, seguidamente, marca sexualmente trabajos cuyo ejercicio nada tiene que ver con el sexo de quien los desempeñe.

Esta visión de Charlotte Bunch ha sido posteriormente ampliada por Catharine MacKinnon. Opina esta autora que la división del trabajo en razón de sexo no bastaría para explicar la subordinación de las mujeres. Es necesario completarla precisamente con el análisis del papel central que la construcción social de la sexualidad ocupa en los sistemas políticos. Según esta autora, la construcción social



de la sexualidad (heterosexual por definición en las sociedades históricas conocidas) ha producido en las formaciones patriarcales una epistemología que, por su parte, fundamenta el Estado mismo: el Estado impone esta epistemología a través de la ley. Una epistemología en la que las mujeres en general no debemos participar porque no estamos invitadas al famoso banquete del saber, este *Banquete* que nutrió a Platón y a sus amigos y del que se han querido nutrir durante siglos (*vía alma mater*, *vía madre nutricia*, esa metáfora de la madre real, del manantial perenne del que bebe el conocimiento masculino que es precisamente la universidad) tantos seguidores. Un banquete que Dhouda sabía que no era el suyo cuando escribió en el siglo IX:

"Suele así ocurrir que algunas veces una perrita inoportuna, debajo de la mesa de su amo entre otros cachorros, puede coger y comerse las migas que caen. Pues aquel que hizo hablar a la boca de un animal mudo puede, según su antigua clemencia, abrirme los sentidos y darme inteligencia; y quien prepara para sus fieles una mesa en el desierto, saciándolos en tiempo de necesidad con una medida de trigo, puede también realizar mi voluntad, la de su sirvienta, según su deseo; al menos que pueda yo desde debajo de su mesa, es decir, desde dentro de la santa iglesia, observar de lejos a los cachorros, es decir, los ministros de los santos altares, y de las migas de la inteligencia espiritual pueda recoger para mí y para ti, mi bello hijo Guillermo, un discurso bello, lúcido, digno y adecuado".

La sexualidad como paradigma social que sustenta el orden patriarcal, la ha definido Catharine MacKinnon en los

términos siguientes:

"La sexualidad no está confinada a lo que se hace como placer en la cama o como acto ostensiblemente reproductivo; no se refiere exclusivamente al contacto genital o excitación o sensación, ni estrechamente a deseo de sexo o libido o eros. La sexualidad es concebida como un fenómeno social mucho más amplio, como nada menos que la dinámica del sexo como jerarquía social, su placer, la experiencia del poder en su forma sexuada. La valoración del potencial de este concepto para el análisis de la jerarquía social debería basarse en esta forma de entender. Las conexiones entre amor cortés y guerra nuclear, este-reotipos sexuales y pobreza femenina, pornografía sadomasoquista y linchamientos, discriminación sexual y prohibiciones del matrimonio homosexual y de la sexualidad interracial parecen distantes si la sexualidad se encorseta, menos si vaga por la jerarquía social sin limitaciones".

Pienso tentativamente que la identificación de la ubicuidad y la importancia de la complicidad entre el Estado y la sexualidad masculina reproductiva completó el proceso de dar a la subjetividad lesbiana una dimensión política pública, aunque fuera negativamente, es decir, por exclusión.

(\*) Tomado del libro *Nombrar el mundo en femenino*, Ed. Icaria, 1994, España.

Por razones de espacio se omiten en esta versión las 22 citas a pié de página que contiene el texto.